

Regina Chelí

Comedia

Angel Arcos

Título: Regina Chelí

Autor: Jose Angel Arcos Alonso

Portada y Maquetación: el autor

Editor: Bubok Publishing S.L.

Depósito Legal: PM 489-2009

ISBN: 978-84-9916-004-7

© 2008. J.A. ARCOS

REPARTO

REGINA, la señora, 58 años

MONCHA, amiga, 59 años

ISABELITA, amiga, 50 años

RUFINA, doncella, 62 años

PAULINO mayordomo, 60 años

CHICHO, esteticista, 38 años

CASIMIRO, marqués, 61 años

ESCENARIO

Salón, de apariencia señorial, en una casa adinerada de un barrio residencial de Madrid. La decoración es barroca; y el gusto, extravagante. Pocos muebles, pero muy churriguerescos, entre multitud de objetos decorativos e inútiles. A la izquierda, un aparador, que hará las funciones de mueble-bar. Sobre él, numerosas fotografías en blanco y negro y enmarcadas: recuerdos de artista. En primer plano, un retrato de Concha Piquer. Junto a él, una palmatoria con su vela. Un amplio sofá, con dos butacas, en la parte central. Detrás, y extendido todo a lo largo, un biombo desmesurado con una decoración exótica de bambúes. A ambos lados y delante del sofá, mesas auxiliares de madera y tamaño generoso. Sobre una de ellas, un tocadiscos o magnetófono. En una de las butacas, sobre el respaldo, un mantón de Manila; y sobre el asiento, un abanico y un inhalador para dolencias asmáticas. Dos abanicos más estarán guardados en alguna parte. Como elemento decorativo singular, una pajarera-estantería de latón y cristal con 19 pájaros en porcelana. Se situará sobre el aparador, o colgará de la pared. Floreros vacíos, y a la espera de flores, aquí y allá.

Se accede al salón por dos puertas: una auxiliar, a la izquierda; y otra principal, a la derecha, por donde se entrará y saldrá comúnmente. Más allá del salón, y en el exterior de la casa, se supone un jardín con una pajarera y varias docenas de pájaros.

Son primeras horas de la mañana en un día soleado del mes de junio. Se celebra la onomástica de la señora. Ella se encuentra en sus habitaciones, después de la clase diaria de gimnasia. Su profesor y el mayordomo de la casa vienen hacia la escena.

ESCENA I

Entran Paulino y Chicho; aquél con varias facturas en la mano. Paulino viste de mayordomo: traje negro, camisa blanca y corbata; Chicho, de profesor de gimnasia: en chandal.

PAULINO.– ¡Qué me presenta usted aquí! 250.000 en crèmes, laits, poudres, huiles, eaus...! (*Lee*) ¡Eau de Nil, eau de printemps, eau de jardin, eau de vie...! Podría haberlo puesto, al menos, en la lengua de sus padres.

CHICHO.– (*Por lo bajo*) Los tuyos, por si acaso.

PAULINO.– ¿Perdón?

CHICHO.– (*Señalando el techo*) Nada, una araña.

PAULINO.– (*Lee*) 340.000: Peluquería, manicura, pedicura y maquillaje. Tratamiento capilar: escamado general y particular, exfoliado, hidratado, tonificado, afirmación de la raíz y fortalecimiento del tallo. (*Comenta*) Esto, al menos, se entiende mejor. 999. 999: (*No acierta a leerlo. En castellano*) Body... building and Figure... sculpturing; honorarios.

(Se le queda mirando)

CHICHO.– (*Sacando una tarjeta de un bolsillo y poniéndosela delante de las narices*) Body-builder and Figure-sculptor. ¡Mi profesión, ignorante!

PAULINO.– ¿Podría entenderse eso en cristiano?

CHICHO.– Arquitecto corporal y escultor de la figura, pelanas.

PAULINO.– Sigo sin entender una jota...

CHICHO.– Profesor de gimnasia, estilista, esteticista, y asesor de estilo de vida e imagen.

PAULINO.– Por Oxford, supongo.

CHICHO.– Por Harvard, palurdo.

PAULINO.– Perdone que le diga... Yo seré un palurdo; pero a usted le sobra de pretencioso y pedante.

CHICHO.– (*Con un gesto de impaciencia*) Sigamos.

PAULINO.– 410.000: Vestidito Petite Robe Noir en encaje, lentejuelas y plumón. (*Se lo queda mirando*) Picardías baby-doll en encaje y rosita salmón. Fajín en piel de ángel y con ligas quita y pon. ¡Tanga en seda fluorescente y corte corazón! (*Haciéndose de cruces*) ¿Y no le da vergüenza vestir así a una mujer de casi sesenta años?

CHICHO.– ¿Como la vestirías tú, viejales?

PAULINO.– Perdone... Yo le pondría las ropas de su edad; a precios muchísimo más asequibles.

CHICHO.– ¡Faldón negro, toquilla y refajo...!

PAULINO.– Al menos, no le haría ir por ahí dando qué decir y de qué hablar.

CHICHO.– Me parece que a ti el reloj-calendrier se te paró hace años, macho.

PAULINO.– Insultos, aparte.

CHICHO.– ¿No digo yo...? Macho quiere decir hoy amigo; y tú te vas al cuadrúpedo de carga.

PAULINO.– En resumen, ¿puede decirme, señor...?

CHICHO.– ... Chicho; ella no quiere otro nombre.

PAULINO.– ¿Puede decirme, señor... Chicho, adónde piensa usted llevar a esta casa?

CHICHO.– Vamos. Cárgalo en la cuenta, y déjate de historias.

PAULINO.– ¡En veinte años, fíjese, que llevo de servicio aquí, nunca se había visto nada semejante! En menos de seis meses, hemos gastado el doble de lo que antes en un año. Y todo en potingues, trapos y gimnasias. ¿Qué economía, cree usted, podrá hacer frente a este derroche?

CHICHO.– (*Teatral*) ¡Y yo soy el culpable! ¡Llámame ladrón, de una vez! Te lo he visto en la punta de la lengua.

PAULINO.– No lleguemos tan lejos. ¿Pero no le avergüenza... –de hombre a hombre, y la honestidad por delante– estar conduciendo a esta mujer al más insensato despilfarro? ¿Hacerle pagar un tributo tan alto a los vicios y liviandades de los tiempos?

CHICHO.– ¿Yo...? ¿Ha pasado alguna vez por tu cabeza preguntarte lo que está obteniendo a cambio? ¿Cómo encontré yo a esta mujer la primera vez que pisé por esta casa? ¡Aburrída; asqueada de la vida; enmohecida por la edad; y una máscara de lo que en su día fue una mujer principal y gran señora de la canción! ¿Qué tenía que haber hecho? ¿Decirle que sus días pasaron, y que no quedaba otro remedio que sentarse a esperar a la muerte? ¡No es culpa mía si está secuestrada por dos grajos...!

PAULINO.– ¡Alto ahí, un respeto!

CHICHO.– ¡... Que, en levita y bata, representáis el sueño del tiempo: la muerte! Hay que vivir el día de hoy. Y si la ciencia y las costumbres nos ayudan a sobrellevar nuestras miserias, bienvenidas sean, aunque dejemos en ello la hacienda.

PAULINO.– ¡No es cristiano aprovecharse de las excentricidades de una mujer!

CHICHO.— ¿Aprovecharme yo...? ¿Cuánto crees que me queda en las manos, después de muchas vueltas? El diez; cuando el Estado se lleva el veinte, limpio y por la cara.

PAULINO.— No quiero entrar en detalles. Haga usted lo que le venga en gana. Pero me veré en la obligación de advertir a la señora que el banco no está para deudas a los tiempos, ni sueldos a arquitectos y escultores del cuento. Por cierto, ¿puede decirme por qué ha aprovechado su cumpleaños para presentarme estas... estas... (*Golpeando las facturas*) no sé cómo llamarlas? ¿Por tratarse de un día de mayor indulgencia?

(Entra Rufina, vestida de criada: bata negra, delantal blanco y cofia. Trae en una mano un plumero; y en la otra, un gran manojo de flores. Viene tarareando una canción. Deja las flores sobre una mesa, y con el plumero simula quitar el polvo)

CHICHO.— ¡Pues sí! Y andaos con cuidado los dos, porque, para los tiempos que corren, sois dos reliquias a las que, por caridad, alimenta.

RUFINA.— ¡Hele ahí! Llegó don Melitón, soplando su trombón. Más le valiera pensar en la peste moral que ha traído a esta casa. Hágale gastarse el dinero que quiera, pero sea un hombre, y déjese de tontear con una vieja. ¡Si un día llegasen a hablar estas paredes...!

CHICHO.— Ya hablarás tú, o los dos, cuando os unte bien el morro un periodista.

RUFINA.— ¡Sí, señor! Para ponerle a usted al oreo y de mucho señor mío, ¡braguetas!

PAULINO.— Por el respeto que debo a esta casa, no quiero levantar la voz y decirle la catadura moral que me representa usted. Átese la lengua la próxima vez, y déjese de poner en los demás sus propios pensamientos.

CHICHO.— Está bien. Retiro las palabras. Pero, decidme, los dos: ¿por qué este empeño en meterse en lo que no entendéis, y menos os importa? Os pagan por hacer el servicio y callar; ¿u os creéis ya con derechos de pariente? Ella es dueña de su vida y su dinero. Y si en esas facturas, y (*A Paulino*) en tus “licencias”, le va la felicidad: ¡chitón, y que cada cual atienda su puesto!

(*Se oye una campanilla*)

RUFINA.— ¡Ya voy! Con tantas gimnasias y gaitas, se le habrá quedado el baño hecho un témpano. (*A Chicho*) Usted, señor señorito de la hacienda: ¿comerá hoy, por fin, por su cuenta, o tendré que echar un puñado más al puchero de garbanzos? Ande, váyase a cambiar a su casa; le he notado no sé qué tufo en el cierre del sobaquillo.

(*Sale Rufina*)

CHICHO.— Bueno. Lleguemos a un trato. Yo reduciré gastos y os respetaré el puesto. Pero que sea ésta la última vez que alguno de los dos se mete en mi terreno. De lo contrario, le haré ver que hoy es más rentable mandaros al pueblo, y pagar los servicios de una empresa.

PAULINO.— ¿Conoce usted, acaso, cómo andan las cuentas? No tengo por qué desvelarle nada. Pero le diré que el tren de vida que ha impuesto en esta casa, nos llevará a la ruina en menos de dos años. Aquí, si quiere saberlo, se está viviendo de rentas; ¿ingresos?, cuatro pesetas por derechos de músicas que no respeta nadie.

CHICHO.— Ese es un asunto que queda de mi mano también. ¡Marketing, querido mío! ¡Marketing es la palabra mágica, y lo que anda detrás de esas facturas! Seguro que te sonará a

chino palabra tan castellana, como que está ya en el Diccionario de la Lengua.

PAULINO.— Marketing o márqueton, no creo que sus fantasías vayan a arreglarnos la vida a ninguno.

CHICHO.— (*Con una palmadita sobre el hombro*) Vamos, Paulino, cárgame cuanto antes esas facturas, y ya brindaremos el día que entre el dinero en esta casa como espuelas. Volveré luego a felicitar a la señora. Y de esto: ni palabra, y menos en el día de hoy. Vosotros dejadme hacer. Yo soy hombre de mundo, y sé moverme como nadie en esta jungla. Convertiré a la señora en una mujer tan grande y hermosa como lo pudo ser en lo mejor de sus tiempos. (*Con una caricia simulada en la cara*) Alegra ese rostro, Paulino, y no me despellejéis demasiado a mis espaldas.

(*Sale Chicho. Paulino guarda las facturas y reparte los flores entre los distintos floreros. Pausa. Entra Rufina*)

RUFINA.— ¿Se ha ido ya el Fanecas?

PAULINO.— Señora Rufina... Olvidémonos, por un momento, de semejante individuo, y pensemos un poco en lo nuestro. Ha llegado el día de recordar a la señora que, hace cinco años hoy, tenemos congelados los sueldos. Al ritmo que tira de la cuenta el sinvergüenza, nos veremos en la misma situación durante años, si no se nos lleva antes de largo la muy previsible bancarota. Debemos prever lo que será de nosotros en cuanto desaparezca ella, o el capricho que un día le dé de ponernos de patitas en la calle: nunca la he visto tan desmemoriada, sorda y vivalapepa.

RUFINA.— ¡Pues a ver si usted se pone fuerte de una vez! Porque a una le apunta al corazón, y me callo como muerta.

PAULINO.— Esta vez no podemos fallar. A usted le pierde el sentimiento; y a mí la educación. Habrá que sobreponerse como sea. Y si es necesario, llorarle: ésa es la táctica que ella emplea para hacernos bajar la cabeza. Mi mamá necesita de una persona que la asista, y yo no dispongo de otros ingresos. Y usted, ¿no cuenta con alguna desgracia que nos pudiera venir que ni pintada?

RUFINA.— ¡Ay, señor Paulino, si yo le contase!

PAULINO.— Nada. Saca usted a relucir lo que sea y exagera cuanto quiera. Yo prometo aplaudir cuanto diga. Y si llegase a las lágrimas, en modo alguno trataré de consolarla.

RUFINA.— ¡Pues sepa usted que me conoce muy mal a estas alturas! A mí se me encoge fácilmente el corazón; ¡pero, de eso, a llorar...! A mí las lágrimas siempre me han salido por las tripas. Llore usted si quiere y si le gusta. A una mujer, ver llorar a un hombre, y más a su edad, la pone de merengue y flan, que no habrá quién lo aguante.

PAULINO.— Esperemos que diciéndole con honestidad lo que pensamos, sea suficiente. Y si se le ocurriese alguna cosa en el momento, aunque sea una barbaridad, cuente con mi aprobación y mi apoyo.

(Se oye arriba un golpe brusco)

RUFINA.— ¡Ya se habrá caído de los zapatos otra vez! Vayamos a preparar el paripé de todos los años. Y a ver si usted echa agallas a la cosa, porque bien está que me tome a mí por tonta; pero a usted... ¡lo baila como a Roque el Bendito!

(Salen Rufina y Paulino. Pausa)

ESCENA II

Entra Regina vestida de joven, corto y ceñido. Medias de color y zapatos de tacón alto. Senos muy a la vista y abultados. Viene fumando y tarareando el estribillo de la canción que cantará a continuación. Apaga el cigarrillo, y enciende la vela que está sobre el aparador. Se echa sobre los hombros el manto de Manila y extiende en la mano un abanico. Se santigua, poniendo en marcha, y a un volumen atronador, el tocadiscos. Suena el tema “Amor de Abril y Mayo” de Quintero, León y Quiroga en la voz de Concha Piquer. Con distintos giros y pasos, baila la primera frase de la orquesta, acompañando a Concha Piquer en el canto de la primera estrofa.

Al llegar el estribillo “Amante de Abril y Mayo...”, lo hace con ímpetu y pasión, llegando, a duras penas, a las notas altas. No puede ir más allá del verso “Te llevo siempre a caballo...”, debido a un fuerte acceso de tos, provocado por su dolencia asmática. Echa mano del inhalador que tiene cerca y trata de sobreponerse. Espera.

Al comenzar la segunda frase de la orquesta, que Regina bailará de nuevo, Rufina atraviesa la escena de izquierda a derecha, con el plumero en una mano; y con ambas, tapándose los oídos. Al llegar a media altura, hace con un dedo en la sien un giro indicativo de locura. Antes de salir, prueba dos pasos de baile, siguiendo el compás de la música. Sale.

Regina canta, de nuevo con Concha Piquer, la segunda estrofa, poniendo toda su alma y pasión en el estribillo. No puede ir más allá del segundo verso “Moreno de mi pasión...”, debido a un nuevo acceso fuerte de tos. Se sienta, desconsolada, sobre el sofá, y saca el pañuelo para secarse las lágrimas.

mas; mientras, suena la tercera frase de la orquesta, que subrayará el momento. Antes de entrar el estribillo, detiene con una mano, y sin levantarse del sofá, el tocadiscos. Silencio.

Permanece inmóvil durante unos instantes. Se levanta y apaga la vela. Del aparador, y como a escondidas, saca una botella de anisete, sirviéndose un vaso. Lo bebe de un trago. Lo acompaña con el brindis: “Por los ‘sentros’; salud, doña Concha”. Pausa.

Se oye un carraspeo indicativo. Regina responde con dos palmas. Entran Paulino y Rufina; cada uno con un regalo en las manos. Paulino trae, además, una carta.

PAULINO.— Queremos, un año más, felicitarle el cumpleaños. Nos sentimos felices de asistir a su onomástica, y que Dios...

REGINA.— (*Se adelanta*) Vamos, Paulino, regálame, de una vez, el pajarito. ¿De dónde nos ha venido volando esta vez?

PAULINO.— (*Entregándoselo*) De los trópicos, señora. Se trata de un Sunsún de Cuba, puesto en porcelana por un artista inglés de conocido renombre.

REGINA.— ¿Y cuántos llevamos ya en la pajarera de cristal?

PAULINO.— Exactamente veinte.

REGINA.— (*Colocando el pájaro dentro de la pajarera*) Y si Dios nos conserva la salud, acabarás un día con la fauna pajaril en porcelana. ¿Cuántos nuevos nos alegran el dulce despertar?

PAULINO.— Cinco, este año. (*Con especial énfasis*) El dinero no me ha llegado para más.

REGINA.— ¡Hijo, si lo pones así...! (*Saca dinero del pecho y se lo da*) Cómprate otros cinco. Pero llévate la mitad al otro extremo del jardín. Cuando los periquitos de la India no se entienden

con los petirrojos del Paraguay, no hay quien aguante el des-
concierto. Para pajarera, ¿te llega?

PAULINO.— Pues no sé. A lo mejor, tengo que esperar un par de
años.

REGINA.— ¡Jesús, que no nos oiga nadie! (*Saca otra vez dinero
del pecho y se lo da*) Un poco más encorvado sí te veo, ¡pero
lo dices tan pálido!

RUFINA.— ¡Es que está todo ese comercio por las nubes, y con lo
que se gana en esta casa...!

REGINA.— (*Con intención, tomando de las manos de Rufina su
regalo*) ¡Ay, Rufi, tus pastelitos de siempre! Me llega al cora-
zón esta costumbre. (*Llevándose los a la nariz*) ¡Cómo canta la
canela! (*Tierna*) ¡Me trae tantos recuerdos de cuando en esta
casa éramos una gran familia...! (*Patética*) ¡Ay, mi rasgaor...!
¡Qué pronto se fue, y qué sola me dejó en este mundo...! (*Se
le corre una lágrima. Saca el pañuelo para secarla*)

PAULINO.— (*Se adelanta*) La señora no debiera abandonarse un
año más a las nostalgias, sino celebrar en su corazón haber lle-
gado hasta aquí, viéndose sana, feliz y radiante.

RUFINA.— ¡Eso digo yo: que un año más no lo cumple cual-
quiera! Y buen día haríamos todos aquí, si caemos en los hipos,
y no salimos del pañal.

REGINA.— ¡Rufi, hija! Parece, a veces, que no hubiera senti-
mientos en ti, y nunca te hubiese gustado llorar porque sí.

RUFINA.— ¡Pues no! Porque, claro, luego se desinfla a los otros;
una acaba con el ojo nublado; ¡y no hay quién coñeta vea las
cosas del color crudo que son!

REGINA.— Parece que hablastes con más que segundas, y quisie-
ras quejarte de algo, justo en el día de mi cumpleaños.

RUFINA.— Pues no. Que hoy es un día muy grande, y no quisiera que la señora comenzase por encogerme el corazón.

(Paulino, con intención, le entrega la carta)

PAULINO.— La felicitación de vuestra hija. En la carta me decía que se la entregase en el día de hoy.

(Regina la abre)

REGINA.— A ver qué se cuenta ésta, porque, más allá del cumpleaños, para ella no existo. *(Lee en un inglés castellanizado)* “My dear mamma! Happy birthday to you”. *(Comenta)* ¡Jódela; el cumpleaños, a su madre, en inglés! *(Lee)* “We are all extremely well”. *(Comenta)* ¡Pues tu madre, no! *(A Paulino y Rufina)* Dice, la cursi, que están todos extremadamente bien. *(Lee)* “My precious little Sarah... *(Con un punto de orgullo y emoción)* —¡La Sarita!— ... is growing into a most beautiful girl”. *(A Paulino y Rufina)* ¡La Sarita... se está poniendo preciosa; cómo no! *(Lee)* “My most loved husband Steve... *(Comenta)* —El Estufa, ¡ya está aquí!— “... is working very hard at the hospital”. *(A Paulino y Rufina)* Dice... que su marido, el Estufa, debe de estar ganando un pastón: ¡no sale del “jospitól”! *(Lee)* “So... *(Comenta)* —¡Ya está!— ... we will not be able to go to Spain next summer to see you”. *(Profundamente dolida)* ¡Hija de su madre! ¡La nieta dos años, y sin traérsela a su abuela para que pueda conocerla! *(Patética)* ¡Si la viera su padre...! *(Furiosa)* ¡Pues que no espere que yo vaya a Nueva York! Ya estuve a la boda; y ¡qué ciudad...! ¡Jesús, qué vértigo...! Miraba para arriba, se me juntaban las torres, y me parecía oír: “¡ésa es!” No sé qué querrían decir. *(Por la dureza de su expresión)* ¡Habéis estado alguna vez en Nueva York?

RUFINA.— Pues no. Y nunca podremos.

PAULINO.— Imposible, a este paso.

REGINA.– Vaya, que os habéis levantado con ganas de ladrarme, y justo en mi cumpleaños.

(Advierte que hay algo más dentro del sobre)

REGINA.– ¡Ah, trae foto! *(Saca la fotografía y la da un besazo)*
¡Sarita, mi sol! Estas perlas de ojos son más; pero esta largura de cara y esa piel deslavada tienen que haberla puesto aquellos de Conneticut o “Conneticat...” ¿Podrá salir algo bueno de un sitio tan difícil de decir? *(Les enseña la foto)* Mirad, hijos, ¡qué ricura de nena y cómo le brillan los ojos!

CRIADOS.– *(No de muy buena gana)* Humm, humm...

REGINA.– ¡Clavadita a su abuela! ¿O no veis cómo me ha robado esa gracia y viveza en los ojitos?

CRIADOS.– Humm, humm...

REGINA.– *(Besa repetidamente la foto)* ¡Sarita: mi cielo, mi sol; espejito de su abuela; muac, muac...! ¡Un lujo de criatura para una sinvergüenza de hija! *(A Rufina)* Esta haría buena pareja con ese vaina de hijo que tienes... ¿Por dónde anda ahora?

RUFINA.– De rocker, por la Costa del Sol.

REGINA.– Con la motorra...

RUFINA.– Con la motorra y los cueros. ¡Que me ha pedido por adelantado la herencia!

REGINA.– *(Irónica)* ¡No me digas!

RUFINA.– ¡Le digo! Que se ha cansado de la Caguasaca, y quiere comprarse una Charli, fíjese, ¡de visón!

REGINA.– ¿Una charli de visón...? ¡Rufi, pepina...! ¿Ya será una *(Con pronunciación afectada)* Harley Davidson, como diría aquella tontaina de Nueva York?

RUFINA.— ¡Pues eso! Que venda las tierras de mi madre; mi abuela; tatarabuela; y más... La de La Calzadilla, Valdenacer, Las Arrevillas, Las Hontijeras, Cantoplumar y la chopera de Zarratón.

REGINA.— ¡Rufi, qué callado te lo tenías! ¡Terratenienta; y yo aquí pagándote un sueldo!

PAULINO.— (*Se adelanta*) La señora Rufina ama la tierra y piensa que una finca siempre puede dar de comer; ¡pero de eso, a valer...! Fíjese, mi mamá vendió diez fanegas de regadío el pasado invierno, y allá si le dará para pagar durante unos meses a una mujer que la cuide, porque, claro, yo estoy aquí, y además, como bien sabe, con mi sueldo no podría ayudarla.

REGINA.— ¡Ya estáis llorando!

CRIADOS.— ¡¿Nosotros?!

REGINA.— Pues sí. ¡Y buen plato de gusto traerme una cosa así el día de mi cumpleaños!

PAULINO.— La señora siempre nos ha dicho que, en su cumpleaños, le hablaríamos de subirnos el sueldo.

RUFINA.— ¡Y lo zumba el pandero que así vayan cinco años! Y una ya no sabe si pedir, rogar; o ponerse a bailar, porque —¡cuernos!—, ¿hacerse todavía la nueva?

REGINA.— Ya sabéis, hijos míos, que las cosas no me van bien.

RUFINA.— ¡Ya, ya! ¡Para escopetón y mirlo perejilero, bien le da!

REGINA.— Ay, Rufi, no sé dónde has aprendido esa fonética...

RUFINA.— ¡Sí, hágase la tonta: el Fanecas! Digo —¡huy!—, don Chicho. (*Burlona*) ¿En qué estaría yo pensando?

PAULINO.— La señora Rufina quiere advertirle de los gastos extraordinarios que el señor... Chicho ha introducido en esta casa.

Si llega para tanta ropa, gimnasia y perfume, pues, ¡hombre!, para que un día podamos disfrutar de una modestísima pensión, no estaría por demás que la señora hiciera un modestísimo esfuerzo...

REGINA.— ¿Y a qué acuerdo sindical habéis llegado entre los dos?

PAULINO.— Lo que la señora tenga a bien darnos. Y resulta doloroso tener que decírselo así y, además, en el día de hoy.

REGINA.— ¡Pues pagar, no os pagaré; pero os quiero mucho!

RUFINA.— Eso no lo dudamos. ¡Y la señora, reconña, ya está buscándome el lado del corazón!

REGINA.— El año que viene saldremos de apuros. Lo tengo bien calculado.

RUFINA.— (*En un pronto*) ¡Rediosla! ¿Otro año por medio?

PAULINO.— Si la señora espera algo de la promoción que el señor...

REGINA.— ¡Chicho!

PAULINO.— ... Quiere hacerle para no sé cuándo, debiera desengañarse, pues hay mucha gente joven que viene empujando, y sería muy doloroso verla bajar de un escenario sin aquella prestancia y señorío, que le reconocen hoy hasta los libros.

REGINA.— (*Conmocionada*) ¡Ay, hijo, me has tocado en el ala más débil! (*Llorosa, busca el pañuelo*)

RUFINA.— ¡Pero, señor Paulino, qué hace usted y dónde se mete! ¡Echará a perderlo todo, y mire que nos ha costado llegar hasta aquí!

REGINA.— ¡Ya lo sé, hijos: soy una loca! ¡Pero vosotros nunca podréis entenderlo...! La verdad es que se me cae la cara de vergüenza cuando pienso que él pudiera estar viéndome...

(Se seca una lágrima)

RUFINA.— Se refiere a don Lucas, el señor...

REGINA.— No le menciones, Rufitas, y menos en el día de hoy. Vergüenza me da; pero, aunque quisiera explicaros, nunca llegaríais a entenderlo...

(Se seca otra lágrima)

RUFINA.— ¡Pues, vaya, que la señora se lo ha tomado a pecho! (*A Paulino*) ¡Sáquenos, señor Paulino, de este agujero! Cuénteles lo del abad, la peregrina, y el extraño picor que se apoderó de la comunidad.

PAULINO.— He pretendido decir a la señora, que la queremos tanto, que pasaríamos por todo antes de verla dar un mal paso.

REGINA.— Ya lo sé, hijo, ya lo sé... ¡Hago mal, muy mal...!

(Se seca una nueva lágrima)

RUFINA.— ¡Señor Paulino, asegúrese la quijada, que lo está llevando a peor!

PAULINO.— Ruego a la señora me perdone. No sé lo que me estoy diciendo, y quisiera retirarme.

RUFINA.— ¡Eso no!

REGINA.— Te entiendo, Paulino. Y no pienses, Rufi, que éste es el teatrillo de todos los años. Pero no he de dejar de escucharos por ello, pues en estos momentos —de verdad, de verdad— no os tengo más que a los dos. Dejadme sentir no tan vieja durante un año, al menos; y el próximo, a lo mejor, me veis con un buen disponer... No quiero contaros, por si acaso os lo cazan por ahí. Pero... no tiene que ver nada con ese empeño de Chicho en volverme a la canción.

RUFINA.— ¡Pues ya podía soltar algo la señora para darse una el gusto de saber más que nadie!

REGINA.— A solas, Rufina, a lo mejor, te apunto algo. Estas cosas los hombres no deben saberlas.

RUFINA.— ¡Pues, coñete, que no voy a dormir de desazón! Pero, en fin... Quedamos, entonces, en que la señora nos dará lo que buenamente pueda: un poco del año; y otro poco de otros años, uno, dos o tres...

PAULINO.— Suscribo lo que acaba usted de decir.

REGINA.— Y ahora que caigo... ¿Por que no os casáis, de una vez?

RUFINA.— ¡Hombre, no me venga ahora con algo que está dicho y redicho; tratado y retratado, que qué coñeta veo la cosa de volverlo a tratar!

REGINA.— Os pagaría, sin más, el doble de sueldo; y me saldría, a la mitad, la Seguridad Social.

RUFINA.— ¡Pues hay que ver cómo goza en ponernos nerviosos a los dos! Pero, bueno, ya que se empeña, ¡y siendo su cumpleaños...! ¡Qué sofoco, Señor...! Pues que el señor Paulino es hombre honrado, muy educado y gran comedor; pero ¡qué cruz! tener que repetirle que el difunto Honorio, es mi Honorio; ¡y no se hable más!

REGINA.— Y tu, Paulino, que seguro no has probado mujer, tira de una vez los tejos a Rufi, que, ¡bueno...!

PAULINO.— Pues, ya que se empeña la señora, y correspondiendo a los elogios de mi compañera, le diré que la señora Rufina es todo bondad, muy hacendosa y gran cocinera; pero yo no siento esas cosas que deben de sentirse. Además, tengo a mi mamá.

REGINA.— ¡Tu mamá y tus pajaritos! Me parece, Paulino, que a ti te castraron mentalmente los frailes.

PAULINO.— La Trapa...

REGINA.— ¡Eso: los del chocolate! Y el Benedictine, que yo sepa, también. Muy rico a media tarde, ¿verdad Rufi?, con unas pas-titas, delante de la televisión... ¡Pero si hasta coméis juntos, hijos! Todo está, en un día tonto, confundirse de habitación, ¡y ya está...!

RUFINA.— ¡No me venga la señora con cerderías que...! Bueno, bueno... ¡Habría mucho de qué hablar!

REGINA.— Ya te veo venir. Y si quieres entonaré el mea culpa.

RUFINA.— No será necesario. ¡Allá cada cual con sus costum-bres!

REGINA.— Rufi, hija, ¡que andas misteriosa en el día de hoy!

PAULINO.— Lo que sí me veo en la obligación de comunicar a la señora es que los cargos que, una y otra vez, está haciendo el señor...

REGINA.— ¡Chicho!

PAULINO.— ... Han de acabar el día menos pensado con la cuenta del banco. Y perdóneme que le diga... Chicho, o no Chicho; para efectos de Hacienda: don Serafin Castañeda.

REGINA.— ¡Eso también se solucionará!

PAULINO.— Tal vez sea un poco tarde. La señora se ha lanzado a una carrera por recuperar la juventud, que el señor profesor de gimnasia —y demás— está aprovechando espléndidamente.

REGINA.— ¡Llámale siempre Chicho! Y me estás dando a enten-der que se está aprovechando.

PAULINO.— En fin, que sabe de muchas cosas, y está informado muy bien de cuanto se vende por ahí.

REGINA.— Ay, Paulino, si yo me siento bien, déjale que me robe un poquito.

RUFINA.— ¡Y tanto! Que le cuente la factura de hoy.

PAULINO.— Dos millones, casi perfectamente calculados.

RUFINA.— ¡Y luego, vamos, que no hay dos duros que dar a una pobre para una miserable pensión!

REGINA.— ¡Tenéis toda la razón: me he vuelto loca! Os daría lo que tengo, si no fuera porque... Sólo puedo deciros que, para mi edad, tengo el corazón alborotado; que se me ha encabritado, que no lo entiendo ni yo... Pero, bueno, dejadme el día tranquilo, y a la noche, diré lo que os puedo subir.

RUFINA.— ¡Siempre, a la noche! Y luego: “me caigo de sueño”. ¡Rediezla, que la señora ha perdido la memoria! ¡Y nosotros aquí, esperando el día entero, para quedarnos a verlas venir...! Y el próximo año, si viene a mano, nos morimos los dos; y: “¡Jesús, qué descanso, qué par de pedorros me he quitado de encima!”

REGINA.— ¡Madre bendita, que no te oiga nadie! ¡Y qué emperada te ha dado con el sueldo...! Andad. Toquemos madera los tres, porque, a nuestra edad, la muerte, ni se la menciona... ¡Fijaos que anduviese dando vueltas por ahí!

(Tocan madera los tres)

REGINA.— Os aseguro que de esta noche no pasa. Antes he de caerme muerta, que no atenderos.

RUFINA.— ¡Jesús, otra vez a tocar madera! Y dicen que, a la tercera, ¡sanseacabó!

(Tocan madera los tres)

REGINA.— ¿He dicho algo...?

RUFINA.— Pues que si no nos sube, las diña esta noche.

REGINA.— *(Temblando)* ¿Eso?

RUFINA.— ¡Pues dígame usted! Habrá que tocar otra vez; y fuerte, porque es más que probable; y no la queremos tan mal.

REGINA.— ¡Rufi, hija, por Dios! Hagámoslo dos veces, y acompañados de la señal de la cruz.

(Tocan madera dos veces, santiguándose al tiempo)

PAULINO.— Entonces, por nuestra parte, aceptamos la buena disposición de la señora. Solamente le pediría, como administrador, que controlase más el gasto. Y que, bueno, si se siente feliz con esas vestimentas y gimnasias, nos alegramos de corazón, pero debiera vigilar un poco mejor a su asesor... corporal.

RUFINA.— ¡Que, vaya, a su edad, lucir así las nalgas! ¡Y esa pechera, que parece se ha plantado un melonar!

REGINA.— ¡Rufi, veo que, por fin, has descansado!

RUFINA.— ¡Pues sí, señora! ¡Lo he tenido más de cincuenta veces en la punta de la lengua! Que parece que va usted de... violentera; por no hablar de la Primi, que hasta el cura se llevó al muladar.

REGINA.— ¡Jesús, qué manera más ladina de llamarme una cualquiera! ¿No ves que yo tengo que mantener una imagen, y demostrar a la gente que siempre hay una segunda juventud, y que los años es cosa de saber llevarlos?

RUFINA.— ¡Ya, ya! ¡Y maromo, tirar de pitillo, boca melindrosa...!

PAULINO.— Ruego a la señora permita retirarme. Estas cosas deben ser tratadas de mujer a mujer.

REGINA.— Vete, hijo... Parece que la Rufi hoy quiere cantármelas todas. (*A Rufina*) Nunca debí dejarte ser la conciencia de otra mujer. Pero, en fin, algún consejillo no me vendrá mal.

RUFINA.— Hasta la noche, señor Paulino... ¡Ya sabe!

(*Sale Paulino*)

REGINA.— Vamos, dime lo que tengas que decirme, y no me importa que sea en el día de hoy.

RUFINA.— ¡Que la señora, vaya, se está desmadrando a su gusto...!

REGINA.— No te entiendo...

RUFINA.— Que se está dejando llevar como una Merceditas cualquiera por ese pisaverde de... Chicho, Lolo, o como le dé la cursilería de llamarlo. ¡Que, bueno, como si no se hubiesen visto hombres! Además, tengo la sensación de que ése hace a dos palos, así que no se fíe de él.

REGINA.— ¡Jesús, Rufi, y en qué poco me lo has metido todo! Debo despedirlo...

RUFINA.— ¡Allá cada cual con su conciencia, por no decir su moral!

REGINA.— ¿Qué moral?

RUFINA.— ¡Vamos, vamos, para qué vamos a hablar!

REGINA.— Sigo sin entenderte...

RUFINA.— ¡A su edad!

REGINA.— ¿A mi edad...?

RUFINA.— Pues sí, a su edad.

REGINA.— Te refieres a...

RUFINA.— ¡Pues a eso! Pero, bueno, al parecer, se lleva mucho ahora. ¡Tiempos tan sinvergüenzas no los verán los siglos, estoy segura de decir!

REGINA.— ¿Y qué puede haber de malo en ello, si no se va más lejos? Has de saber que hoy son muchas las que van mucho más allá.

RUFINA.— ¡Claro! Se comienza por vestir de colorín, embadurnarse la cara y ajustarse las carnes; y se acaba por aligerarse de ropa, lucir lo que no se debe lucir... Y luego, pellizquito aquí; pellizquito allá, ¡pues ya se sabe: puestas a picar en todo, cuanto más prohibido mejor!

REGINA.— Rufi, ¿por quién me has tomado? ¡No soy tan tonta...! Y ya me gustaría te sintieses un poco como yo. No sé... Es como verse una mujer nueva; como más dueña de sí misma, y con unas ganas locas de vivir.

RUFINA.— ¡Esas también las tengo yo, y no voy luciendo el culo por ahí!

REGINA.— ¿Qué dices?

RUFINA.— Que una tiene su moral, y no puede dejar de ver que la señora se las ha tomado por una vereda que... ¡Menos mal que todos acabaremos con el siglo, porque si no, las calderas de Pedro Botero hervirían con chicharrón de señora indecente por siempre! Y no tiene más que mirar a su alrededor: ¡las de su edad...! En cuanto las casca el marido: “¡Hala, qué liberación, a la calle; y yo bien sé lo que es vivir bajo la bota de un hombre!” Habría que enclaustrar a muchas: viudas, divorcia-

das, separadas o arrejuntadas; porque hay mujer yeguata y pindongo para dar y tomar.

REGINA.— ¡Hija mía, y por qué largo te lo has contado...! Lo peor es que una ya no sabe dónde está la verdad... ¿Quedarse recogida en casa; dejar que la vida te pase de largo; y entretenerse en ver cómo te marcan los destrozos de la edad...? Pues no; atente tú a esa moral tuya... El vivir son dos días; (*Con la mano hacia el cielo*) y allá, nunca se sabe... Por eso, como decían los antiguos: que me quiten lo bailado.

RUFINA.— Pues si esa es la regla o religión que está dispuesta a seguir, servidora tiene muy poco más que añadir.

REGINA.— Ay, Rufi, pienso muchas veces que, a pesar de todo, tienes razón... ¿Quiénes somos nosotras, me pregunto, que hoy tomamos por lo más natural cosas que, hace solamente treinta años, cubrirían de vergüenza a la más atrevida? Y no pienses que me refiero sólo a eso... Hoy todo vale. Y lo mismo que hay hijos que van por el quinto padre, hay padres y madres que se ven arrojados de casa a un miserable pensionado.

RUFINA.— ¡Sí, sí, trate ahora de justificarse! Pues, por mí, cuando llegue allá arriba, que no le quiten lo bailado y por bailar. Yo he cumplido con mi obligación, y se acabó. Y si cuando llegue yo, me preguntan por qué no he bailado, les diré que yo sólo cogí el aire a mi Honorio; (*De carrerilla y enojadísima*) ¡y por qué puñetas se lo llevaron tan pronto, y de la manera más tonta: unas setas!

REGINA.— ¡Quita, hija! Y a mí, el bisturí del carnicero aquel... Ay Rufi, no me hagas pensar en mi Lucas. ¡Dios mío, si estuviera viéndome desde allá arriba...! No me dejes nunca, Rufina, aunque no te pague jamás lo que te deba. Te aseguro que os haré mis herederos, pues aquella de Nueva York —¡otra de

los tiempos!— nunca ha visto en su madre más que una mujer rica a la que sacar el dinero. Yo siempre digo que ciertas hijas, si lo son, serán de su padre; ¡porque lo que es ésta...! En fin, no quisiera ponerme a llorar.

RUFINA.— Pues mejor, porque...

(Entra Paulino)

PAULINO.— El señor... Chico está ahí. Viene a felicitarla, al parecer.

(Sale Paulino)

RUFINA.— Bueno, pues yo la dejo aquí. Y si se le tercia, báilese algo a mi salud: a solas o agarrado.

(Sale Rufina. Pausa)

ESCENA III

Entra Chicho, vestido de manera informal, pero con cierta elegancia.

CHICHO.— Querida, quiero felicitarte los treinta abriles que luces hoy.

REGINA.— ¡Chicho, guasón! Ya dirás, al menos, cuarenta y tres.

CHICHO.— Pongamos treinta y seis. En menos de dos tercios de año, hemos rebajado el look en veintidós. De aquí a fin de año, y con el verano por medio, podremos ponerlo en treinta o treinta y tres. Más abajo, habría que recurrir a la clínica del doctor Katz, en Pensilvania: ¡un cirujano sensacional! Actúa sobre el mismo esqueleto, devolviendo en su integridad los entrantes y salientes que hacen la verdadera figura juvenil.